





ahí, las remediadoras, y bien sabe la rosa en que mano posa, y por todas partes se va á Roma.

—Romas, dijo la repostera, arrastran terciopelos, y ya le entiendo al taimado y majagranzas.

—En el majar está el misterio, contestó Sancho, y que me ha de llevar por fuerza su merced la ventaja en el oficio de machaca buen Juan, y machaca Tomás, y mortero arriba y mortero abajo. Y ya sabrá la dueña quejumbrosa; ¿por qué no va el galán por su gaban hasta la plaza?

—¿Ni qué gabanes, ni qué plazas, ni que zarandas!

—Aquí ya cojidas las tengo á las señoras, exclamó Sancho; que el galán no va á la plaza por lo que há en la su casa. Y así es mi encargar á las lastimeras oficio de Lucrecias, y cuenta con las palabras; y tenerse ha cada cual en el su puesto ó dar en harapo y en andrajo. Y veo como ya no hay pensar sino en altisonancias y enconos por altivezas; y á fuerza de derechos cohombros salen tuertos; y hace la suya el lobo entre semana por que el domingo no va á misa, y ensañóse el villano é hizo sólo en su daño, y tente en el tu estado y te verás medrado.

Grande fué la máquina y laberinto que levantaron Sancho y los refranes y la confusion y el alboroto; mas como resonase aguda cuanto repentina la campanilla de avisar, fuese cada una de las señoras á su oficio, que es como poner paz, no en el estrado sino en el mundo; y Sancho pudo acudir á su cuidado de las bestias de la cuadra, el cual verificado, dióse á andar toda la hostería, buscando, sin poder hallarle, el cuarto de dormir de Don Quijote. Y abriendo una gran puerta de cierta estancia, notó como en ella había gran coro de señoras por uno y otro lado del aposento igualmente repartidas. Ver al escudero las académicas y levantarse todas á recibirle fué obra de solo un instante, pues no era de perder la ocasion calva de oír el parecer del Sr. Gobernador de la Barataria; mas volvió inmediatamente cada una á ocupar su puesto, así que hubo verificado su ceremonia.

Sancho, sin mas hacerse de rogar, entróse en el salon y quitóse la montera, que pocas veces tal se vió en el escudero; y como no advirtiese lugar alguno donde pudiese colocarse buenamente, asentóse en la escalera de subida al alto entrado de la presidencia, y recostóse en la baranda con gran flemma. Hablaban dos á dos, y aun

cuatro á ocho las procuradoras de sus estados, y sonreían, y muchas cubríanse las caras con los pañizuelos, para con mayor libertad alegrarse del todo, y algunas pasaban de corrida de unos puestos á otros para decir sus recados de oído, y todas miraban al escudero como á escondidas. Sancho, observaba, veía y callaba.

La señora del sillón de la presidencia, que debia haber alcanzado el oficio por la edad, comenzó por dar las gracias á la presencia de Sancho, y propuso que tan extraordinario acontecimiento se escribiese en el libro memorial de las académicas, y así fué acordado. Y pidió una dama que la dejarán hablar sobre el asunto.

—¿Cómo es tal? interrumpió Sancho; ¿y es la verdad que sus excelencias no han de hablar sin la licencia de esa señora reina asentada en ese altillo? Pues agora bien puedo ya morir de susto, y gozo, y sea en gracia, por haber hallado y presenciado como vuecelencias llegaron á la punta y término de toda sabiduría y maravilla. ¡Montas y si es aventura el no hablar las señoras sin haber licencia para ello!

Y comenzó á herir de pié y puño como tocado de alferecía, que no se daba reposo.

—En esto, dijo una dama jóven como queria hablar primero ella para poner el asunto en orden; otra de mas autoridad gritó ser su deseo levantar una cuestión primeramente; una vieja se puso en pié para hacer ver como la habian insultado; la de la presidencia echando á rodar la esquila, juzgó que no había palabras para nadie.

—Libreme ahora Dios de Satanás, exclamó Sancho, y si esto no es haber palabras, ¿qué diremos algaravía! ¿y sin haber aún su licencia!

—Digo, que el Sr. D. Sancho no puede estar ahí en esa escalera, pues no es señora, y hablar hay acerca de eso, exclamó una voz como saeta.

—No será viviendo Roque, dijo Sancho; que salirme he por la puerta como sus excelencias llevan camino de hacerlo por las ventanas.

La dama del altillo púsose en pié para declarar como era el aposento un gallinero; y la vieja notificó como la del altillo no era presidente, y aquel lugar usurpado tocaba y pertenecía á la señora Lucila, la que era casada con Don Lope. Y quedó todo en silencio en el instante.

—¿Zape! exclamó Sancho, y como es la verdad que no hay mas sabia pala-

bra que el silencio, ni habla de menos valer que muchas palabras!

Mas, fuéronse las procuradoras en gran número al rededor de la anciana, para quejarse de como se había salido de quicio la quintañona, y recabar de élla que se diese, por aquella sola vez, á Sancho la presidencia. Murmuró la vieja chochando y Sancho fué á sentarse donde le mandaron.

Y aquí es el decir de críticos muchos que dieran ellos de buen grado la mejor de sus alhajas y mas rica de sus joyas por ver al escudero en tan nueva y gallarda presidencia; y prosigue el texto de esta suerte:

—¿Qué se ha de hacer ahora en este puesto? dijo Sancho.

—Debe su excelencia conceder el habla en buen orden segun que la pidieren, dijo la notaria.

—¿Y si hablaren cotorras sin su licencia? añadió Sancho; mas no hay á eso buen preguntar, respondió el escudero; que á falta de prudencia de más está la ciencia, y á fuerza de pasiones no bastan mil razones, y uno es buche y otro es saco, y chicos á la escuela.

—¿Quién, pues, habla ahora aquí? preguntó Sancho.

—Yo, he de decir, contestó una voz, delicada en gran manera, que débese acabar de explicar lo que sea soberanía, pues ella toca y pertenece á las señoras. Y de aquí todo nace.

Y como callasen todas, exclamó Sancho: ¡Por vida mia que jamás oí mas redondo disparate!

Y toda la concurrencia pidió el hablar á un mismo tiempo.

—Y yo hablar así bienquero, exclamó Sancho: ¿y quién es el que da á mí el poder hablar en este caso?

—No hay hablar el presidente, sino encarrilar, y á cuento, dijo una niña.

—Y á bien, replicó Sancho, que de niños es decir sen las verdades. Y salióse de su puesto y volvióse á la escalera diciéndo:

—Pongan las señoras en ese altillo la imágen de la misma verdad y lábrenla el su asiento de vanidades, ambiciones y sensualidades retorcidas, y haga la prudencia de notaria. Y hable la sabiduría una vez sola, y quítese al punto de aquí toda contienda; y quitar han con ella vanidades.

¿Pues y no ven las desventuradas como no hay tal caballero que confiese su derrota, ni quien salga á la plaza que no sea mas diestro que letrado? Uno es averiguar verdades y otro pendencias, y no son los ardidés sabi-



durías. Ni den su parecer procuradores mudos, ni metan en estrados necias gentes y no trocarán lazos por aciertos.

—Bien se ve, interrumpió una señora discreta como su merced, no está enterado en estas cosas de pública pleitesia y se ha andado mucho á la intemperie por montes y collados: ¿pues y no ve el buen Don Sancho el craso como aquí cada una tiene buscado el su lugar y se asienta en donde la conviene, y á ese lado van las unas y á ese otro se reúnen y se asientan las otras? Y cada lado tiene su mote y tema.

—De tal manera, añadió Sancho, que si de este lado es el decir que las uvas son verdes, de esotro es jurar y perjurar que son maduras, aunque uvas no hubiere, ni sembradas.

—Como que cada cual ha sus principios, prosiguió la discreta.

—No sinó sus fines y reniego de los de su excelencia, dijo Sancho, que en eso va el pleito; y no es lo mismo cola que cabeza, y de esto mas saben los caballeros que las letradas, gracias al su oficio.

—Pues ahora es el decir de su merced, continuó la letrada, como corresponda.

—Pues ahora declaro, dijo Sancho, dejando la montera y rascándose la cabeza con entrambas manos, como yo he visto este juego entre moriscos; que si le dicen juego es jugada, y jugada es porque sale á la cara, y á la cara sale porque su andar es á trota rapáz que buen día te faz, y ron, ron, tras ti ando, y oro es lo que oro vale; y el concluir es así bien molerse á coces y pisarse uno y otro jugador todas las tripas en cuanto que se intrincan en la partida, bien sabido que es su intrincarse cada vez que haya jugada. Y este juego llaman asalto los berberiscos, y há sus soldados de marfil repulido, y aun pueden ser los tales peleadores dedales de coser, (y no lenzuolos) y cascós de vasija. Conque el asunto de la diversion y entretenimiento, como quien nada dice, es hacerse dueño, el que pudiere, de un cierto castillo que bonicamente está pintado y dorado en lo alto del tablero, que para algo es el jugar, que mil bausanés se están mirando. Y bien está mi asiento en la escalera de subida, pues no hoy abandonar la siembra por miedo de tordos, sinó poner espanta-pájaros.

—¡Ay, y de las mis antigüedades! exclamó la vieja, ¡y cómo ya van rodando por esos suelos!

—¡Pues no hay sino andarse todos por do la antojáre! replicó la niña, pues andar todas tenemos.

—¡Mala ventura viniere para mi, dijo Sancho, si la ví mas negra que esta en toda mi vida! ¡Y las palomicas se andan en busca de principios! ¡Medrado fuera el mundo con los suyos! Y dice mi amo como soberanía es latín y decir quiere, sobre todos; y sobre todos no hay nada sino el cielo.

—Y entretanto las penas y los suspiros, interrumpió una dama; pues no hay estarse, ahora, como en tiempo de su merced, metidas en jaula.

—Qué sus excelencias, contestó Sancho, pásanse de difíciles cual las dueñas de fáciles, y este es el misterio; pues no hay mas ver sino el gran retablo que llevan consigo que al mismo valor pone espanto; y por demás esta cétola si el molinero es sordo; y no digas quien eres que tu te lo dirás; y virtudes y trabajo son el mejor atajo, y cada mujer loca por los cabos merca la toca, y mas quiero asno que me lleve que caballo que me derrueque. Y así fué el mi entrar hasta aquí por hallar la puerta abierta, y cada cual con su ventura.

Decir Sancho estas palabras fué levantar tal tormenta y alboroto cual no se halla en las historias, y el renegar de tales solaces y lindezas que tal ruido traen consigo; á todo lo cual puso punto y término un page, en buen hora llegado, el cual hizo saber como á Sancho esperaba en su aposento impaciente y mustio Don Quijote.

Fuése, pues, pensativo el escudero, dó le fué ordenado tal subitamente, y al entrar en la cuadra de su señor notó como toda ella estaba tácita y tenebrosa y cerróse la mampara en cuanto que hubo entrado el escudero.

Dió Sancho sus vueltas por dó acertó y no topó á nadie, mas oyó una suplicante voz de su amo que decía.

Bien sabes, ó bueno y fiel escudero, como de los adelantados es el Cielo, y para descuidados no hay gloria, y buenas obras redimen pecadores.

—Paso por todo eso, santo y bueno, dijo Sancho, y vayamos adelante, que tras la cruz andar suele el diablo.

—Pues no es esto mas, continuó Don Quijote, sinó haber yo meditado á solas y puntualmente lo que requieren tiempos y ocasiones y tu ves cuan distraído y averiado tráente los hados y la dificultad en que te hallas de cumplir debidamente con ese tu oficio, pues búscante ciudades, tráente los vientos, llévante dueñas y damas

al su consejo y consúmente procuraciones y gobiernos que no hay escudero cual tu lo eres ni otro semejante hallar hán caballerías; pues tanto como todo eso abájanse los adarves y álzanse los muladares; y dejando aparte ahora tu persona, bien es de conocer cuanta traza y laberinto han de traer tales premisas.

—No sé que sean esas misas, dijo Sancho.

—Premisas, dijo Don Quijote, son leyes y cosas ciertas á que han de añadirse sus naturales consecuencias.

—Si que es cierto, dijo Sancho, qué aún no ensillades y ya cabalgades, vecino; y á ruin mozuelo ruin capisayo; y á gran salto gran quebranto.

—Y antes es lo antes acetado continuó Don Quijote, sobre que tu, nobilísimo escudero, ves y sabes como se entronizaron Marios ambiciosos, y se apoderaron del mando vengativos Syllas, y perecieron Cicerones; y criminales Catilinas meditaron luto y estérmino y acabaron con Marco Antonios Cleopátras. Y mas atrás perdieron sus vidas los Demóstenes por ansias de grandes Alejandros; para remedio de lo cual, y de mucho mas que callo por ser casi infinito, nació y floreció esta mi andante Caballería, y vine yo como astro y rayo de élla. Y se me dá de todos tales follones, malandrinés, así como una higa, y de todo su hueco aparato como un ardite.

Y así diciendo movia el caballero los brazos largos por el aire, y hacía como quien acomete, enviste y alancéa, cual si luchase con los descomunales enemigos que en su hirviente imaginación se fingía y figuraba. Y Sancho pateando y manoteando decía.

—Bien está, mi Señor Don Quijote, que todos esos señores sean unos bellacones, que sí lo serán como su merced lo dice, esos Sillas y Catalinas y cien patas; ni yo voy ni vengo en manera alguna; y allá se lo hayan y con su pan se lo coman, y á Dios habrán dado su cuenta.

—¡Cuéntas digiste, Sancho, para alumbrar como sol mi entendimiento! y vayamos ya al caso de Montesinos.

Y tomando á Sancho seguramente con entrambas manos, dió con él de improviso sobre la cama, y emprendió tal operación, que no es bien que otro alguno sino el hombre en sí ejecute.

Sancho, que se sintió andar por los riñones, tan sin presumirlo ni entenderlo, acudió á su defensa natural y la llevó hasta donde pudo, mas no fué tan presta, por su desgracia, como era menester, por lo que Don Quijote



llegó á su objeto premeditado, que era su esfuerzo grande.

Y se oyó extemporáneo golpe como de gran cachete, gracias á los grillos de las calzas del buen escudero, al que sucedió en la oscuridad una lucha desaforada, la cual, no pudiendo sobrellevar el delicado lecho, se vino todo al suelo con espantable estrépito. Y el gato salió bufando de cólera y el vecino servicio de laboratorio hízose pedazos; y resonó otro golpe, y el aposento quedó todo húmedo y descompuesto.

Conque entró la dueña de la cuadra, por saber la causa de tantos ruidos, bien que en mal hora, pues al punto asida por la mano con la de Don Quijote hubo de oír muy á su pesar:

—Ya sois, por fin aquí desencantada, ó anhelada señora, á la que encantamientos tantos hicieron noche: sois, en cabo, aquí, bienes y glorias mías, non rústicos disfraces, mas fermosas realidades. Non ingrata seades al vuestro rendido caballero, en vano de esperanzas de princesas y reinas requerido, bien que de magos truhanes denostado.

La dueña, que no entendía discursos tales enmarañados, la libertad casi imposible de su mano solamente procuraba, mientras ocupábase Sancho en apuñarse muy bien el rostro, maldiciendo la andante Caballería hasta que topó con un almohadon, al cual tomando con entrambas sus manos, dió con él un tal golpe sobre la moza, juzgando lanzarle sobre Don Quijote, que ella no se conociera si pudiera verse tras la tormenta. Y comenzó á sus chillidos.

A los cuales acudió el padre de la dueña, que era repostero, sin cuidar de los muelles de la puerta; y, tropezando con Sancho, cogióle de tal suerte por las barbas que estuvo en poco dejarle sin ninguna. Fuese en seguida adonde creyó le interesaba, mas dando contra la mesa, sobre la cual estaba la armadura de Don Quijote, derribóla con gran estruendo, y juzgando que estuviera su dueño entre petos y espaldares dedicóse á abofetearlos con heroísmo digno de mejor causa. Con que todo eran gritos, quejidos, sustos y encontrones.

Y sucedió poder ya la doncella encender una cerilla, que fué como dejar petrificado á Don Quijote, que al cabo de buen espacio reportado exclamó:

—Ténganse todos, cesen golpes, contiendas y confusiones, que ante

luces errores desaparecen. ¡Pues hay que es nada traer en solo un punto luz tal á las tinieblas!

Y tomando una cerilla, prosiguió el caballero.

Con sola esta mínima bugfa digo que alumbrarse puede toda una historia, y cuéntenla los caballeros cual timbre predilecto de su tiempo y de su casa. ¡Qué son sino negra tiniebla todos males! ¡qué sino taimada oscuridad las malas artes! ¡Luz sea así natural y fácil al orbe todo, y así presta, así oportuna y tal elocuente!

El Doctor D. Eduardo Augusto de Besson ha terminado su Diccionario de la Novísima Compilacion de las disposiciones vigentes sobre el Enjuiciamiento criminal; trabajo del cual diremos que cumple su objeto; el mayor de los elogios que puede hacerse de una obra. Su utilidad indisputable no se limita á los hombres del Derecho, sino que alcanza á todas cuantas personas intervienen en esta parte de la administracion de la Justicia. Recomendamos eficazmente esta última publicacion del Sr. Besson, á quien al mismo tiempo damos las gracias por el ejemplar que ha tenido la amabilidad de remitirnos y el parabien por su excelente libro.

Don Carlos Bailly Baylliere, librero de la Central y jefe del acreditado y antiguo establecimiento de Madrid—Santa Ana 10—tiene á la venta la excelente Agenda de Bufete, libro indispensable para toda clase de personas, así como los tan conocidos y útiles Calendarios americanos. Los facilita de todas clases, así como las Agendas. Pueden hacerse pedidos directamente, que se sirven á vuelta de correo. La baratura, la buena confeccion, la exactitud, que siempre han caracterizado á esta Casa, nos obligan á indicarla á nuestros lectores, como aquella que puede convenirles mucho para todo asunto de librería.

Don Mariano Rodriguez Alonso, tan conocido en nuestra poblacion, ha añadido á su establecimiento de librería y encuadernacion y prensa vertical, otra nueva, inglesa, *Brémner*, magnífica máquina que ha inaugurado ante toda la prensa local á la que ha dedicado su primer trabajo en representacion de la ciudad.

Este modelo mecánico es notable por su tamaño, precision y elegancia. Monta sobre acero inglés y tableros de anacarda; impone el papel horizontalmente; eleva el pliego al punto de

la estampacion y da en orden los ejemplares. Está dispuesto para toda clase de agentes y le acompaña el perfecto menage de los talleres de Inglaterra. Damos las gracias al amable invitante y deseamos que se sepan estimar sus nobles esfuerzos y adelantos.

Cuantos padres de familia quieran estar al corriente de todo cuanto pertenece al esencial ramo de Instruccion pública, y poseer tantos datos como necesitan las carreras de los alumnos, no menos que noticias seguras é ilustradas, hallarán en *El Magisterio Español* satisfechos todos sus deseos, y mucho beneficio para adquirir notables obras—Madrid—Valverde—8—pral.—15 rs. trimestre.—Se publica cada cinco dias un número compacto, de gran tamaño, escrito y colaborado por muy acreditados profesores. La mayor parte de los expedientes se entorpecen por mala direccion, que corrige y determina esta publicacion que cuenta trece años de existencia.

*La Crónica de Burgos* es el primer periódico de España en todo lo tocante á la produccion y comercio vinícola. La estadística que publica con los infinitos datos seguros que posee, el gran número de corresponsales con que cuenta y la inteligencia de su redaccion merecen diariamente los elogios de la prensa nacional y extranjera. El lector encontrará en esta publicacion una especialidad, con noticias de los primeros mercados de Europa, y una correspondencia tan copiosa como activa acerca de la primera industria de nuestra nacion, cuya riqueza, sobre ser asombrosa verdaderamente, crece de dia en dia.

La Compañía de declamacion dirigida por el primer actor D. Leopoldo Valentin, ha dado principio á sus trabajos en la noche del dia de ayer por lo cual no nos es posible publicar nuestra Revista teatral; pero creémos que el público juzgará benévola-mente tanto á las Señoras Baena, Bernal, Marin, Alandete y Leon como á los Señores Valentin, Parreño, Gonzalez, Fornoza, Espejo, Diaz y Miralles, varios de los cuales son bien conocidos por este público. Dificultades grandes se oponen á la permanencia en Burgos de compañías teatrales, y si todos no cooperamos al buen éxito, nuestra escena quedará desierta: el público con su acostumbrado criterio puede dar la mano al Arte, en lo cual todos ganamos.

La falta de lluvias en el norte ha ocasionado una baja temperatura, pero el cielo, regularmente despejado, nos ha libertado de la tristeza del invierno. Pasó el dia diez y nueve sin mas terremoto que el de la cabeza del profeta; para que se sepa del valor de semejantes pronósticos; pero aun confiará en alguna marejada, ó del mar del Cabo de Hornos ó el de la Groenlandia para sacar á salvo la prediccion. Ciertamente que en lo redondo de la esfera, aquí ó allá no faltan casas de socorro á profetas semejantes. Todo es arribar, ó como Robinsón ó como Elcano.

Imp. de la viuda de Villanueva.